

JOSÉ ÁNGEL MAÑAS

¡Fernán González!

El hombre que forjó Castilla

la esfera  de los libros

Primera edición: septiembre de 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© José Ángel Mañas Hernández, 2022

© La Esfera de los Libros, S.L., 2022

© Mapa: L. Javier Velasco, 2022

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 443 50 00

www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-1384-426-8

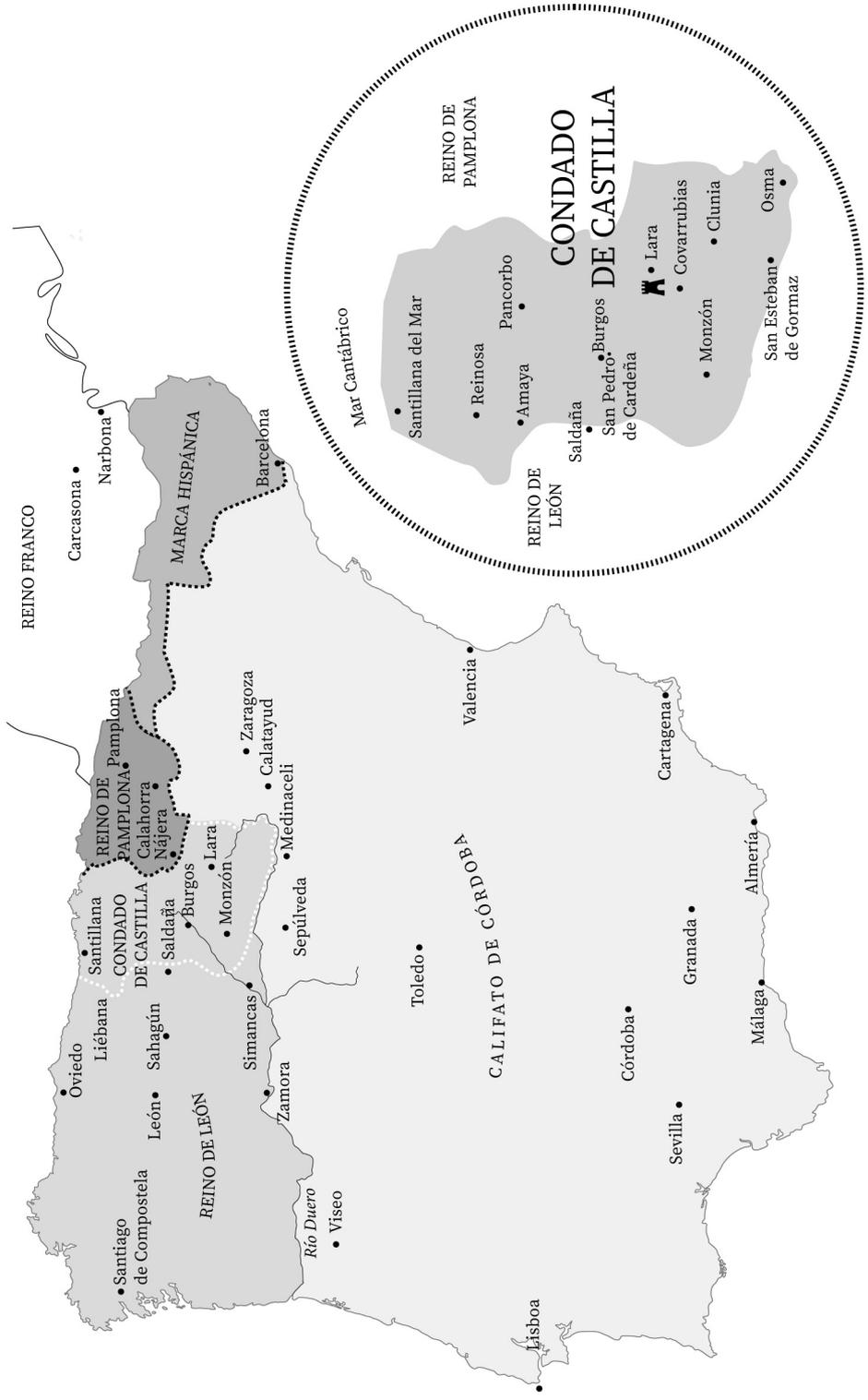
Depósito legal: M. 16.753-2022

Fotocomposición: J. A. Diseño Editorial, S.L.

Impresión y encuadernación: Huertas

Impreso en España-*Printed in Spain*

LA PENÍNSULA EN TIEMPOS DE FERNÁN GONZÁLEZ



Brevísima introducción histórica

En la segunda mitad del siglo IX, Alfonso III el Magno alcanzó a reinar como autoridad incontestable en el cada vez más asentado reino de Asturias. El Magno había mantenido viva la llama que prendió la rebelión del rey Pelayo en el corazón de los cristianos: la reconquista, al coste que fuera, del territorio ocupado por el islam.

Imbuido de su misión, el joven Estado creció por su vertiente meridional, y la devastada franja al pie de los Picos de Europa, con la que los monarcas asturianos quisieron proteger su reino montañoso, se fue paulatinamente poblando por foramontanos. Estos, originarios en su mayoría de las tierras altas de los cántabros o de las montañas vasconas, seguían descendiendo hacia el Duero y arraigándose allí cada vez en mayor número.

Como buenos hombres rudos, no les gustaba la ley escrita, ni la leonesa ni la de nadie. La ley castellana la imponían únicamente dos jueces que sentaban jurisprudencia a base de *fazañas*, sentencias orales.

Eran gentes con un sentido exacerbado de la independencia y, acaso atraídos por esa esperanzadora libertad, cada vez más cristianos abandonaban sus montañas para adentrarse en las tierras bajas que se iban erizando, poco a poco, de castillos.

Los Castillos, se llamó en un principio a este territorio fronterizo que, con los años, y ya entrado el siglo x, se ha acabado convirtiendo en un nombre guerrero y prometedor: Castilla.

Así están las cosas cuando arranca nuestra historia.

Prólogo

Dos reinas cara a cara

Nájera, marzo de 932

Sobre un lecho de brasas, en la sala principal del palacio de Nájera, se consumían, a la caída de la tarde, los últimos leños de encina con los que alimentaban las llamas los pajes de la familia real. Por la exigua abertura que hacía las veces de ventana se filtraba la luz de un día lluvioso, tan habitual en la capital pamplonesa, y tan gris como el ánimo de la mujer que acababa de echar una ojeada distraída al fuego.

Sentada en el borde de una silla de madera con el respaldo revestido del mejor cuero cordobés, y a uno de los lados de la mesa baja sobre la cual reinaba un tablero de ajedrez, Sancha Sánchez, viuda del conde de Álava, suspiró antes de apoyar la barbilla sobre la mano con expresión preocupada.

Sancha apenas superaba los veinte años y era ya dos veces viuda. A los trece se había casado por primera vez con Ordoño II de León, que por entonces contaba con medio siglo y dos matrimonios a sus espaldas; la unión duró escasos

meses. Tras enviudar, volvió a casarse y durante apenas cuatro primaveras compartió vida y lecho con Álvaro Herreráiz, conde del vecino territorio de Álava, que había muerto recientemente, dejándola nuevamente viuda.

Enfrente tenía, arrebujada en pieles, a su madre, la temible reina Toda, que desde que enviudó hacía ya siete años dedicaba su vida a asegurar el afianzamiento del joven reino de Nájera y Pamplona tejiendo una enrevesada y fructífera política matrimonial, una impresionante telaraña de alianzas con el reino vecino de León y los condados de Castilla. Tampoco descuidaba las relaciones ultrapirenaicas con los francos (no en balde los carolingios habían dominado durante años sus tierras) ni, por supuesto, con Abderramán III, heredero del antiguo emirato Omeya, que gobernaba desde hacía dos décadas en Córdoba y que había sorprendido a propios y ajenos proclamándose califa de un territorio hoy totalmente independiente.

Sancha volvió a mirar las piezas desplegadas sobre el tablero y movió su caballo con evidente desgana al tiempo que escuchaba los consejos de su madre, tal como los llevaba escuchando tantas veces a lo largo de su vida. Ella era quien le había enseñado a jugar a aquel juego que introdujeron los árabes en la Península y que, al cabo de los años, dominaba como nadie.

—Procura prestar atención, Sancha. —Toda cogió entre sus cortos dedos la torre—. Te he podido matar ya una vez. ¡Jaque! —dijo posándola en la penúltima casilla. La torre era la pieza más poderosa del juego en aquellos tiempos, mucho más que el alfil o la dama—. Mueve el rey. Todavía puedes hacer un par de jugadas.

—Dejémoslo, madre. Tengo demasiadas cosas en la cabeza...

—Es que no puedes permitirte tanta falta de atención, Sancha. Ni en el ajedrez ni en ninguna otra faceta de tu vida. Vives en un mundo de hombres. Y has de ser más inteligente que todos si quieres mantenerte como reina a su lado. No se puede ser un corderito y vivir rodeada de lobos.

—Olvidáis que ya no soy reina, madre.

—Pero lo fuiste. Y eres la hermana del rey de Pamplona.

—García todavía es un niño.

—Y pronto dejará de serlo. Los dos lleváis mi sangre. Eres de estirpe real. Eso lo harás valer en todas partes.

—Lara no es más que un condado, madre.

—Como también lo era Álava.

—Pero Álava era más importante. Y estaba más cerca... Me resultaba más familiar. Me vais a casar con un don nadie y un bárbaro, madre. Es lo que dicen todos en la corte. Esos foramontanos son la gente menos civilizada del mundo...

—No te voy a engañar, hija. Bien sé que esos castellanos tienen fama de faltar a las formas y campar por sus respetos. Pero es el territorio más pujante ahora mismo. Los castellanos siguen ocupando nuevas tierras, y las repueblan y fortifican con ahínco. Los de Lara son la familia condal más poderosa de la región y cada año fundan nuevos monasterios... En León se les respeta mucho.

La reina Toda movió por segunda vez la torre ante el escepticismo de su hija. La partida la tenía más que ganada, no así la conversación. Le molestaba el desinterés de Sancha porque era muy consciente de la importancia de prestar atención. Escuchando atentamente se detectan los matices de

quien habla, el verdadero sentido de las palabras, y se recogen perlas que de otra manera caen al suelo y se pierden. Le sorprendía que su hija incurriese en tal defecto.

—Te aseguro que he considerado todas las opciones y esta es la mejor, Sancha. No te oculto que también han pedido tu mano los Gómez de Liébana y los Ansúrez castellanos. He considerado sus propuestas, pero ninguno tiene ni de lejos los atributos de los Lara.

—¿Y qué atributos son esos, madre?

—Linaje, Sancha. Nada nace de la nada, y la buena madera no la da el árbol común. Descienden de Nuño Rasura, que, como sabes, fue uno de los primeros jueces del condado. Gonzalo, el padre de Fernando, era su nieto...

—Y muy levantisco. Siempre me dijisteis que fue de los que no acudió a la batalla de Valdejunquera.

—Cierto. Pero ese Gonzalo fue también quien más terreno ganó a los cordobeses. Con permiso de Alfonso el Magno, fundó entre el Arlanzón y el Arlanza, en una roca elevada, la fortaleza de Lara. Desde ese baluarte se apoderó de la vecina meseta de Carazo, del alfoz de Clunia. Y en el año doce llegó al Duero para asentar gentes en San Esteban de Gormaz, quince leguas al sur de su castillo. A esas alturas era el noble más poderoso de la región, y en León le hicieron conde de Burgos y de Castiella.

—Gonzalo Fernández murió hace ya tiempo, madre.

—Justamente. Y por eso su viuda, Muniadona, ha concentrado tantos esfuerzos en convertir a su hijo en un gran señor que esté a la altura del padre. Y lo va a conseguir. Fernando tiene buen juicio, se ha mantenido fiel a Ramiro, y eso el rey lo premiará. Además, en Lara no tendrás que soportar

a familias tan complicadas como los Herraméliz o los Ansúrez. Confía en mí, Sancha. Me he informado sobre todos los pretendientes, y este es el que te conviene. Aparte de que me han asegurado que es un hombre de buena apariencia, alto, fuerte, valiente, decidido.

—También lo era Álvaro. Y hoy está muerto.

—Porque se opuso a Ramiro. Escogió mal su bando. Corrió demasiado pronto y sin mirar adonde... —La reina madre se impacientaba. Ya ninguna de las dos prestaba atención al tablero—. Mira, Sancha, yo habría preferido para ti a Ramiro, todo un rey de León...

—Pues yo no: él ordenó la muerte de mi esposo.

—Pero él no quería una mujer con dos hijos. Bastante tiene ya con esos tres de esa prima gallega suya. Eso sí, me ha dado palabra de matrimonio para tu hermana Urraca y, si todo sigue por su cauce, contraerá nupcias con ella a no mucho tardar...

—Y para eso tendrá que repudiar a Adosinda Gutiérrez, la gallega, bien lo sé, madre. En Álava, como en todas partes, se habla de lo que está sucediendo como consecuencia de esta guerra absurda y fratricida.

—Y la repudiará, por supuesto. Son primos y, ahora que es rey de León, la Iglesia se lo exige. Y tendrá que apartar a esos bastardillos suyos para que no haya problemas en el futuro, cuando tenga descendencia de la casa de Pamplona. Pero piénsalo de esta manera: siempre tendrás en la corte de León una gran aliada en tu hermana, con quien te llevas tan bien. Eso te ayudará. La familia es todo, Sancha.

—¿Y Alfonso, madre? ¿No podíais haberme escogido a mí en su día en vez de a Oneca? ¿No podíais haberme casado

con él? Si hubiera sido yo la elegida, hoy Alfonso seguiría siendo rey.

—Eso no se pudo. Alfonso prefirió a Oneca. Y además habría sido un despropósito... —La reina madre dudó antes de continuar. Sus ojos, más grises que azules, se fijaron en los de su hija sin pestañear—. Escucha, Sancha, si entregué a Alfonso la mano de Oneca, que era la más tonta de mis hijas, y creo que hoy puedo decir esto con total conocimiento de causa, fue porque vi desde un principio que ese hombre tenía algo que no me gustaba. Mis informantes me hablaron de frecuentes crisis de melancolía. Eso no es bueno para un gobernante. Me pareció que Oneca era quien más le convenía. Y funcionó. Los dos tortolitos se enamoraron a primera vista. Mira por dónde, fue el matrimonio más acertado de cuantos he concertado...

—Hasta que murió Oneca.

—Hasta que murió tu hermana... Una pena, sí. Ella siempre, desde niña, tuvo una salud delicada. Eran tal para cual. Y con la muerte de tu hermana, Alfonso perdió la cordura... Igual no debiera decírtelo, pero ese hombre nunca estuvo en sus cabales. Yo ya le advertí, cuando me escribió el año pasado para comunicarme la muerte de Oneca, que era una locura renunciar al trono para vestir la estameña. ¿Dime quién, entre los reyes que conoces, ha abdicado así, por una crisis de melancolía pasajera?

—Fue más que una crisis pasajera, madre.

—Sería lo que fuera, pero el caso es que abdicó en favor de su hermano Ramiro. Y a los pocos meses se arrepiente, se deja crecer el pelo de la tonsura y decide que quiere recuperar su reino... ¡Si eso no es locura...! Lo peor fue que León salió

de mi influencia... Menos mal que reaccioné con presteza y empecé las negociaciones para casar a tu hermana Urraca con Ramiro. ¡Casi dos años me ha costado! Su inminente divorcio será la coronación, y nunca mejor dicho, de mis esfuerzos.

—Pues ahora Alfonso está de regreso. Dicen que, aprovechando que Ramiro estaba en Zamora, ha entrado en León... Que, si hace falta, luchará con él.

—Puede. Pero es tarde. En estos meses Ramiro se ha hecho con las riendas del reino. Y meterse, como hace Alfonso, en la boca del lobo es de hombre necio, hija. Nadie con buen sentido quiere de vuelta a un rey irresoluto que mañana puede decir lo contrario de lo que hoy y que no es capaz de domeñar su propia voluntad. Te aseguro que Alfonso ha perdido la partida frente a Ramiro, en eso puedes hacerme caso. Es un cadáver político. Me parece que esto ya es mate —murmuró colocando la reina delante del rey.

—Aún no.

Sancha movió el rey a la última casilla libre que le quedaba. A un lado del tablero se amontonaban las piezas comidas. La reina Toda observó la posición final con cierta satisfacción: estaba siendo una partida elegante, como las que estilaba ella.

—Escucha, Sancha. Yo no sé qué te deparará el futuro a la vera de Fernán González. Lo que sí sé, y de lo que puedes estar segura, es que tu sitio no estaba junto a este pusilánime de Alfonso... —Con gesto definitivo, cogió la dama y la movió hasta comer el peón que tenía delante, arrinconando al rey—. Ahora ya sí. Jaque mate.

Con un suspiro, Sancha volvió la cabeza en dirección a la jovencísima dama de compañía que había traído consigo

de Álava. Una chica rubieja, de corta talla, muy vivaracha, que esperaba junto a la puerta. Se llamaba Aurora. A una seña suya salió y regresó al poco con un bebé envuelto en toquillas que le depositó en brazos. Era su segundo hijo: de pocos meses, el pelo muy oscuro, cara rubicunda. Sancha lo cogió llena de ternura. Sentía su pecho todavía hinchado, pese a que era la nodriza quien lo amamantaba.

—Mi buen Fortún... —Consciente de la mirada reprobadora de su madre, alzó la vista—. ¿Y qué hace mi hermano García? ¿Cómo va su educación?

—En manos de tu tío Jimeno. Están ahora mismo de caza. No le deja solo ni a sol ni a sombra. A tu hermano le tira más el campo que los latines. No será Carlomagno, pero, si me lo dejan, podré hacer de él, pese a todo, un rey... A falta de poco más de un año para su mayoría de edad, procuro tenerle cerca lo más posible. Ese muchacho va a necesitar alguien con experiencia a su lado.

—Nunca cambiaréis, madre. No olvidéis que García todavía es un niño. Y los niños necesitan amor —murmuró Sancha. Apartó a Fortún, que ya acercaba la boca por instinto buscando su pecho. Al hacerlo sintió que algo se removía en su interior.

—Amor, amor... Lo que necesita un niño es alguien con cabeza y pulso firme.

—Y cariño, madre. Cariño también.

Toda la miró y pensó para sí que Sancha era sin duda una buena madre..., pero a lo mejor no tenía lo necesario para hacerse cargo de las responsabilidades del poder. Su atención se volvió hacia las piezas de ajedrez conforme las recolocaba en su formación original.

—Cuando estés en Lara, procura no mostrar demasiado tu amor por los hijos del conde de Álava... —murmuró no sin cierto retintín—. Bastante me ha costado conseguir que te los acepten en Castiella.

PRIMERA PARTE

AL SERVICIO DEL REY RAMIRO

Capítulo I

El dilema del buen conde

*Estonçe era Castiella un pequeño rincón,
era de castellanos Montes de Oca mojón,
e de la otra parte Fitero el fondón,
moros tenían Caraço en aquesta sazón...*

ANÓNIMO, *Poema de Fernán González*

1

Pese a no morir el invierno, el cielo meseteño permaneció totalmente despejado a lo largo del día.

El sol se hundía por el poniente, cada vez más a sus espaldas, y a esas horas tardías prolongaba la sombra del ejército que avanzaba por la calzada entre páramos en los que quedaban restos de la nieve inesperada de la víspera.

La vía Aquitania se alargaba a la vera de algunos robles pelados y tristes que los acompañaban en el último tramo cuando por fin apareció al fondo, a lo lejos, el cerro de San Miguel con su castillo en lo alto. Al pie del mismo, un batiburrillo de edificios de madera y adobe se extendía por el levante, hacia el otro lado de la fortaleza cristiana, en dirección al Arlanzón.

Surgieron murmullos de contento entre los jinetes de la cabecera, y la alegría se contagió al resto de la tropa.

Todos alzaban la cabeza.

El hombre al frente también levantó la vista hasta el cerro y una ligera sonrisa exteriorizó su alivio.

Hacia cuatro días que cabalgaban por la antigua calzada romana y aquella era la única parada prevista antes de emprender el camino hacia el este en dirección a la capital del reino de Nájera y Pamplona, con cuyo apoyo contaba para reclamar un poder que, pensaba, le pertenecía por derecho propio.

Tras dudarle un momento, su lugarteniente azuzó su caballo, ricamente enjaezado, y le obligó a avanzar un par de cuerpos. Una vez a la altura de su señor, se encogió bajo su gruesa capa y dijo:

—Los hombres pueden descansar al pie del cerro, Alfonso. Es lo que aconsejaron los mensajeros del conde de Lara. ¿Se lo digo a la tropa?

Alfonso IV el Monje se volvió hacia quien le hablaba y asintió con el mismo aire distraído que mostraba desde el comienzo de la retirada de León, una vez constatada la imposibilidad de vencer a las mesnadas de Ramiro. Fue un revés importante ver que ni uno solo de sus antiguos oficiales abandonaba a su hermano para pasarse a su bando.

—Por supuesto.

—¿Qué les digo a los hombres? ¿Cuánto tiempo nos detendremos?

—El mínimo, porque Ramiro nos pisa los talones. Diles que reposen y que dejen ramonear a sus monturas mientras voy al encuentro del conde.

El Monje se pasó la mano por la cabeza. El pelo cubría la antigua tonsura, aunque sin igualarse aún con el resto.

Cada vez más canas asomaban en medio de un cabello no hacía tanto totalmente negro.

—¿Y no sería más lógico que descansaseis esta noche en el castillo mientras el ejército acampa aquí? —insistió Ansur Fernández, que así se llamaba el lugarteniente: un mozo joven, de rasgos apuestos y mirada decidida cuya familia era partidaria desde un principio de Alfonso.

—Fernán González no nos puede dar cobijo abiertamente. Prefiere no levantar recelos entre los ramiristas. Pero confío en que a mi regreso nos abra sus castillos. Antes o después tendrá que tomar partido. Siempre que hemos hablado, él y yo, nos hemos entendido. Tengo un buen presentimiento.

Ansur Fernández callaba. Al poco, se limitó a observar con voz controlada y neutra:

—Algunos hombres no entienden, señor, por qué ponéis tanta confianza en Fernán González.

—Será porque fue el único castellano que estuvo a mi lado cuando murió Oneca —dijo Alfonso. Y el recuerdo de aquella muerte volvió a avivar un rescoldo de la llama todavía pesarosa que inflamaba su pecho y que ni el paso del tiempo ni la oración sanaban—. Además, anhela ser conde hereditario de Castilla. Su madre le envenena la mente con eso y yo conozco bien a la gente así. Hazles creer que les das lo que ambicionan y se convierten en tus esclavos. En mi última carta le hice concebir esperanzas..., eso le pondrá de nuestro lado.

—Yo solo os prevengo que en todos los documentos en los que ha estampado su firma en nombre del rey siempre ha sido invocando el nombre de Ramiro —repuso Ansur con prudencia.

Pero el Monje ya no le escuchaba. Permanecía con la vista fija en la tosca fortaleza foramontana que asomaba en lo alto del cerro de San Miguel. La iluminaba plenamente el sol, cada vez más a sus espaldas.

A su alrededor corrió la voz y los hombres se distribuyeron por un amplio claro en torno a la calzada. Se limpió el lugar de matorrales y se encendieron hogueras mientras un pequeño grupo de una veintena de fieles continuaba en pos de su señor Alfonso, camino de la cita en el castillo.

2

Aquella sala en lo alto de la torre del homenaje —la única enteramente de piedra en la fortificación— tenía, entre argollas con teas encendidas, dos de sus muros cubiertos por gruesos paños bordados. Las escenas hacían alusión a la fundación de Burgos por Diego Rodríguez, el segundo conde de Castilla, primer morador del castillo de San Miguel, entonces enteramente de madera, y a las batallas libradas en Pancorbo contra los musulmanes en la convulsa centuria anterior.

En ese tiempo, la tierra de los castillos había ido adquiriendo una notoriedad bélica que la hacía respetable entre los reinos cristianos a este lado y al otro de los Pirineos, y su protagonismo no había hecho sino aumentar durante la minoría de edad del actual rey de Nájera y Pamplona.

Había en la sala una gran mesa de roble con una decena de sillas alrededor, y la chimenea permanecía encendida a todas horas: el frío, en lo alto del cerro, era una constante.

El hombre que esperaba al fondo se abrigaba con una gruesa capa francisca, que a su vez escondía una loriga de cuero cubierta por una túnica con brocados lujosos.

Ante la puerta, dos soldados que hacían guardia se apartaron para dejar paso al Monje y a su lugarteniente, y cerraron el paso al resto de la comitiva. Cuando los alfonsinos protestaron, Ansur les pidió calma con un gesto.

El conde de Lara se hallaba de espaldas, vuelto hacia la aspillera. Muy rápidamente se giró y posó sus ojos azules en el Monje.

La estatura de Fernán González destacaba por encima de la mayoría. Tenía la tez clara y el pelo rubio de sus antepasados godos. Escaso de carnes, su cuerpo, bien trabajado por el ejercicio, era esbelto, fibroso. Sus rasgos afilados en un rostro barbudo tenían cierta languidez y transmitían una sensación de calma que no respondía a la tensión interior que lo habitaba.

La mirada que dirigió al Monje fue fría. Pero a la vez le dio el obligado abrazo entre hombres de alcurnia que se conocen bien.

—¡Me alegra veros! —Fernando mostraba el afecto de un familiar cercano—. Los meses en el monasterio os han sentado bien. —Y se separó para ver mejor a Alfonso—. Pero parecéis cansado...

—Lo único que importa es que estoy más convencido que nunca de que Dios me muestra el camino para salvar el reino de un tirano. Ramiro me persigue desde el mismo León. Calculo que le saco una jornada larga. Él llega con diez mil hombres y quiere acabar de una vez por todas con nuestro litigio. Por eso necesito llegar a Nájera. Allí me darán refugio y volveré en primavera con más gentes.

—Bien me habéis escrito que en Nájera contáis con el apoyo de la reina madre Toda, vuestra suegra, que es gran hacedora de destinos. Y sin embargo... —dijo Fernando marcando una pausa.

3

—Sin embargo, y muy a mí pesar, no puedo permitir que prosigáis vuestro viaje, esa es la verdad.

—¿Qué decís?

Al Monje se le borró la sonrisa.

—Lo que oís. Vedlo vos mismo.

Fernando indicó la aspillera.

En ese instante, por el chato horizonte más allá de la vía Aquitania, hacia poniente, apareció una fila de puntitos brillantes con los últimos rayos del sol. A esos primeros jinetes pronto les siguieron infantes que se iban distribuyendo por la planicie. En lo alto de las empalizadas del castillo, el sonido de los cuernos fue como el gemido lastimoso de un animal feroz.

—Por ahí llegan las huestes de Ramiro, que marchando día y noche os han hecho perder vuestra ventaja.

—Si son lo que veo a lo lejos, no serán suficientes para vencer a mi ejército..., y menos si cuento con vuestro apoyo —dijo el Monje rápidamente.

—Por desgracia, señor, esos son solo la mitad de vuestros adversarios. El resto es el ejército bajo mi mando que aguarda desde el mediodía en el arenal junto al río. Vuestras tropas descansan al pie del cerro, sin mando. Y mi apoyo...

Habréis de reconocer que nunca os lo prometí en ninguna de mis misivas.

—Eso quiere decir...

El tono del Monje era casi lastimoso.

—Eso quiere decir que yo os apreso, Alfonso, en nombre de vuestro hermano Ramiro, rey legítimo de Galicia, León, Asturias y de todas las tierras al pie de las montañas, entre las que se cuentan Burgos y mi condado de Lara. Lo lamento, señor.

El Monje aún no alcanzaba a comprender la medida de su desastre cuando, a sus espaldas, Ansur se adelantó unos pasos y le despojó de la espada.

—Tú también, Ansur... —murmuró Alfonso en una voz casi inaudible.

—Os dije, señor, que no entendía por qué estabais tan seguro del apoyo de Fernando. Él nunca abandonó el partido de Ramiro. Y yo he de deciros que durante los últimos días he tenido tiempo de recapacitar. Pienso que Ramiro es el rey que necesitamos. ¿Qué hago con él, Fernando?

—Llevadlo a la cueva del Moro. Explicadle que un conde de Castilla no muda lealtades como quien muda de camisa. Que el buen uso del albedrío se llama virtud y el malo, traición.

—Si me entregas ahora, ¡nunca obtendrás lo que desees! —exclamó Alfonso. Más allá, los castellanos desarmaban a sus acompañantes—. ¡Con un tirano como Ramiro, Castilla nunca será tuya!

Fernando dio la espalda al prisionero mientras Ansur se lo llevaba. Por la aspillera atisbó que en el entorno de la vía Aquitania las huestes alfonsinas, en pleno desconcierto, iniciaban la desbandada.

Por aquella abertura estrecha se filtraba ahora el viento. El conde de Lara observó cómo las tropas de Ramiro llegaban por la calzada y se distribuían en torno al campamento donde los alfonsinos alzaban las manos en gesto de rendición: nadie ofreció resistencia.

Hacía ya días que a Fernán González le atormentaban las dudas. Se había sentido desgarrado entre dos lealtades. Pocos meses atrás juró fidelidad al rey Ramiro, el que ahora llegaba cabalgando por la vía Aquitania. Pero también durante cinco años Alfonso había sido su rey... Y la decisión de detenerle fue difícil.

Fernando había tenido que madurar muy rápido desde que tres años atrás, a su regreso de la Montaña, donde pasaba largas temporadas desde niño, su madre Muniadona lo presentó como conde de Lara en un acto solemne en la fortaleza familiar del Picón.

So pretexto de una donación de terrenos al monasterio de Santa María de Lara y a su abadesa, Muniadona convocó a los notables del condado: estuvieron presentes Fernando Ansúrez, a la sazón conde de Castilla, y su hijo Ansur, algunos clérigos principales, como el abad de San Pedro de Cardeña, y la propia reina Oneca, gran amiga de los poderosos Ansúrez y de la condesa de Lara.

Todos estamparon su firma como testigos tras la de Muniadona y sus dos hijos. Castilla fue testigo de la donación en la que el heredero de los Lara apareció por primera vez en un documento oficial y que finalizaba así:

«Se hizo esta carta el día quinto de las calendas de febrero, reinando el príncipe Alfonso en León y el conde Fernán González en Lara».

Durante la comida con que se agasajó a los huéspedes, Muniadona contó con orgullo cómo, de niño, Fernando, en una de sus escapadas, encontró en la frondosa cuenca del río Arlanza la entrada de una gruta escondida por la maleza. Dentro se topó con un hombre santo, un eremita ciego que, al saber quién era, le cogió el brazo con fuerza y anunció proféticamente: «Tú serás el gobernante más importante de estas tierras, y los castellanos cantarán algún día tu gesta...».

—Pero también dijo que el rey le haría apresar dos veces —observó el hermano menor de Fernando, al que en la familia apodaban Lagartija por lo delgaducho y escurridizo.

Nadie hizo caso.

Muniadona siempre mostró una confianza absoluta en el futuro que esperaba a su primogénito, que la profecía del eremita confirmaba, y eso la llevó a fundar un monasterio en las cercanías de la cueva.

Quien no estaba tan seguro era el propio Fernando. Es cierto que demostraba facilidad para aprender el latín y los caracteres visigodos, sí, y que tenía figura gallarda y buenas mañas para la caza y el combate. Pero nada de eso lo distinguía de los vástagos de otras familias nobles.

Muy pronto, en Lara se recibió noticia del levantamiento de Alfonso contra Ramiro y llegaron emisarios de uno y otro recabando apoyo para sus respectivas causas.

Por primera vez surgieron diferencias entre madre e hijo, y Fernando tuvo que vencer la oposición materna. Porque cuando Muniadona supo que el Monje ofrecía a su hijo

hacerle conde hereditario de Castilla, se manifestó rotundamente a su favor.

Aquello chocaba con la intuición de Fernando, quien cuando el Monje se retiró a Sahagún, viajó a León a la coronación de Ramiro y fue seducido por el personaje.

Allí donde el melancólico y tornadizo Alfonso generaba cierto despego, Ramiro, que gobernó varios años el territorio al sur de Galicia entre el río Miño y el Mondego, tenía una inteligencia viva y el carácter enérgico y aguerrido de un verdadero caudillo.

Durante las celebraciones por su coronación le llamó a su mesa con frecuencia y le demostró cierta predilección, entre risas bienhumoradas, guiños de complicidad y buen vino.

—Será mejor soberano que Alfonso, madre —dijo Fernán González a su regreso—. Y puede ser un gran rey.

Entonces reapareció Alfonso con una retahíla de cartas y promesas... Y aquello se cruzó con las cartas de Ramiro... Y a los dos el joven hubo de decir que sí y prometer lo que no podía cumplir sino con uno.

Al final, decidió salir al encuentro de Alfonso y reunirse con él en el castillo de San Miguel. Por allí pasaba la calzada que seguía el Monje en su retirada. Alejarse de su madre le permitió pensar con claridad... y tomar su decisión.

Una decisión que ahora, según abandonaba su observatorio para dirigirse a la puerta, pesaba en su corazón. Porque sabía, por lo que le había escrito Ramiro, que este nunca perdonaría a su hermano.

Fernando preguntó por Ansur a sus guardias. Sentía una premonición.

La facilidad con que Ansur había dado la espalda a Alfonso le sorprendía y se dio cuenta de que no confiaba en él. Era un aliado circunstancial y además, en la corte, su principal rival: a fin de cuentas otro joven prometedor en busca de su lugar en el mundo. Y su padre había sido conde de Castilla. «Ahora lo veo claro, Fernando. Ramiro es el futuro de la cristiandad. Y Alfonso, el pasado», así le había escrito en su última carta.

—Acaba de descender con el Monje a la cueva del Moro, señor...

Ese era el nombre del conjunto de túneles que recorrían el subsuelo del castillo, algunos con salida a lugares escondidos por la vegetación al pie del cerro: buena previsión de sus constructores para asegurar una vía de escape en caso de asedio.

Fernando agarró una tea y descendió por la escalera desgastada. Había una cuerda sujeta al muro a modo de pasamanos. Al pie de la escalera tomó el primer túnel y apenas había dado unos pasos cuando del fondo del pasadizo se oyó un grito desgarrador...

Siguió hasta una cámara excavada en la piedra, un espacio alargado al que daban celdas enrejadas a uno y otro lado. Allí le acogieron el frío húmedo del subterráneo y los gemidos de hombres encadenados a los que iluminó de pasada la luz fantasmagórica de su antorcha.

Al fondo, Ansur ya estaba junto al verdugo de Burgos —un hombre grueso, cubierto por un capote oscuro, del que apenas distinguió los rasgos—, y Fernando constató que a

Alfonso le habían encadenado de manos y pies a la pared con grilletes. En la semioscuridad de la mazmorra abría la boca en un quejido prolongado mientras por sus mejillas resbalaban lágrimas de sangre.

—¿Quién te ha mandado hacer esto, Ansur? —exclamó Fernando cada vez más furioso.

—El rey Ramiro. ¿Quién va a ser? —Ansur miró la punta ensangrentada de su daga—. Y lo mismo hará con cualquier otro pretendiente.

Fernando acusó el golpe y sintió que le asaltaban pensamientos inquietantes. No entendía por qué Ramiro confiaba en alguien que en un principio había tomado partido por Alfonso, y no en él.

Y fue en ese momento cuando el Monje volvió su rostro, con las cuencas vacías de los ojos ensangrentadas, y exclamó con una voz en que se entremezclaban el dolor y la furia a partes iguales:

—¡Dios te maldiga, Fernán González! ¡Dios te maldiga a ti y a todos tus descendientes y que, por tu traición, no permita que tu linaje se acerque nunca al trono!

6

De Fernán González, conde de Lara, de Castilla y de Álava, a Muniadona, condesa madre de Lara. Salud y gracia.

Madre:

Ya os habrá llegado noticia de lo sucedido en Burgos.

Sabréis que fui yo quien apresó a Alfonso, el cual llegaba con Ansur Fernández sin sospechar que este había mudado su lealtad y obedecía ya a Ramiro. Fue Ansur quien por orden de Ramiro vació los ojos al Monje para que este nunca más pueda volver a reclamar el trono.

En cuanto a los restantes pretendientes, estaréis al tanto de que Ramiro ha mandado detener a los tres hijos de Fruela en Oviedo, los cuales, me imagino, correrán en breve la misma suerte. Oigo decir que a todos los encerrará de por vida en el monasterio de Ruiforco de Torio.

Ello prueba que, pese a vuestras reticencias, he tomado la decisión correcta. De no haber actuado así, quién sabe si ahora mismo no sería yo, vuestro hijo, quien estaría en los subterráneos de este castillo de San Miguel con los ojos vaciados, y habría perdido el futuro que tanto ambicionamos ambos.

Los honores que me hace Ramiro son extraordinarios, y os anuncio por la presente que además de nombrarme conde único de Castilla, como mi padre en su día, el rey acaba de nombrarme asimismo conde de Álava en sustitución de los Herraméliz, otra de las familias que apoyó la causa del Monje y que se acaba de exiliar junto con los Vela, nuestros eternos rivales.

También os complacerá saber que Ramiro ve con buenos ojos la idea de mi enlace con Sancha de Pamplona. Y que lo que os dijeron vuestros informantes en León es cierto: está acordado el matrimonio del rey con la hija mayor de Toda, y por eso hace tiempo que van y vienen de Nájera comitivas leonesas.

«Con estos dos matrimonios, las buenas relaciones con el vecino quedan aseguradas, y nuestra frontera oriental

tranquila mientras guerreamos con los moros». Así me ha dicho Ramiro.

Por lo tanto, podéis quedar tranquila, madre: nada ha trascendido de nuestro dilema.

De todas formas, el rey no es tonto y sabe de las dudas y discusiones que se han dado en todas las familias. Pero ahora lo que corresponde es olvidar lo pasado y concentrarnos en el futuro: por el momento soy la mano derecha de Ramiro.

La Providencia hace bien las cosas, madre. Siento que Dios y el rey han querido ponernos a prueba y que hemos salido airosos.

Recibid el más afectuoso abrazo de vuestro hijo que no os olvida,

Fernando, conde de Lara, de Castilla y de Álava